



ANDALUCÍA EN EL MUNDO  
ATLÁNTICO MODERNO

Agentes y escenarios

Juan José Iglesias Rodríguez  
José Jaime García Bernal (eds.)



Reseña de IGLESIAS RODRÍGUEZ, J. J. y GARCÍA BERNAL, J. J. (eds.) (2016). *Andalucía en el mundo atlántico moderno*. Sílex Ediciones. Madrid. 2016, 790 pp. ISBN 978-84-7737-658-3.

**Ofelia Rey Castelao**

Universidad de Santiago de Compostela, España.

ofelia.rey@usc.es

Recibido: 20/08/2017.

Aceptado: 22/08/2017.

Un impresionante grabado que representa a una Sevilla triunfante, sirve de telón a más de treinta capítulos que, organizados en cuatro bloques, han sido reunidos y coordinados por dos reconocidos investigadores de la Universidad Hispalense en una cuidada edición. En la presentación de los editores se revela un único objetivo, aparentemente simple: profundizar en el estudio del papel jugado por Andalucía -en especial, la occidental- en el sistema atlántico moderno. Habida cuenta de la larga trayectoria investigadora de los modernistas andaluces es obvio que el grado de conocimiento del tema es alto, pero lo cierto es que las dimensiones del comercio colonial fueron tan grandes e impactantes, y la documentación generada, tan gigantesca y variada, que cada paso que se da en la investigación es igual de importante que el anterior. Este es el caso de la obra que comentamos, ya que, contradiciendo a los editores, el objetivo que se propusieron dista de ser uno y dista de ser sencillo, y este libro es algo más que una profundización, ya que constituye una pieza fundamental para conocer no solo la imbricación de Andalucía en el mundo atlántico, sino la de Castilla y

de la Europa occidental. Para esto se realizó en 2015 un coloquio en Sevilla al que se citó a numerosos especialistas andaluces, pero también a otros de fuera de Andalucía, que no solo aportan el conveniente ingrediente internacional, sino su conocimiento sobre los temas que se les fueron encomendados.

La primera parte de la obra es la que podríamos esperar como apertura necesaria, ya que sirve para explicar todo lo demás: las actividades y redes comerciales, dos aspectos complementarios cuya vinculación responde a la importancia que desde hace unos años se otorga a la dimensión relacional y social de la economía mercantil. Jean-Philippe Priotti es el autor del primer capítulo, dedicado al gobierno castellano y la participación de Francia en el negocio de la Carrera de Indias entre 1490 y 1570, mediante corsarios primero y mercaderes después, para hacerse con parte de los tesoros de América que la monarquía hispánica consideraba solo suyos (p. 17-34). Del capital burgalés y la conexión de Sevilla con el eje económico del Norte de Europa a principios del reinado de Carlos I se ocupa Rafael M. Pérez García, quien a través de la documentación notarial sevillana de 1518-1525, revela la importancia que para el capitalismo burgalés tuvo colocar representantes en la capital hispalense para redimensionar el eje económico Burgos-Norte de Europa proyectándose hacia el Atlántico (p. 35-58). Y Guadalupe Carrasco González es autora de un capítulo dedicado a un comercio poco conocido, el que se mantuvo con los nacientes Estados Unidos de América en el tramo final del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, un período de intensos conflictos bélicos, tomando como referencia la llegada de barcos procedentes de aquel país en el puerto de Cádiz, revelando una notable intensidad de esa presencia (p. 165-192). El ineludible y conveniente estudio de casos concretos es abordado por Manuel F. Fernández Chaves a través mercader del portugués azoriano Antonio Faleiro de Acosta y su actividad entre 1573 y 1583 en el comercio del pastel, producto tintóreo del que era importador y que le permitió convertirse en intermediario de pagos y participar en un “negocio mediano pero crucial para el desarrollo de la producción textil andaluza” (p. 59-86); en tanto que Luisa Consuelo Soler toma un caso bien diferente, el de Salvador Trucios Ruiz de Alcedo, un comerciante de la segunda mitad del siglo XVIII que participó en los intercambios intrarregionales y ultramarinos en Chile, vinculando su actividad con Andalucía, en especial con Cádiz (p. 145-164).

Dos de los capítulos tienen como tema un producto fundamental de la agricultura y del comercio andaluz, el vino: David González Cruz expone la evolución de la viticultura en el territorio onubense desde el siglo XV al XVIII, empleando indicios documentales complejos para calcular la producción como base para ver el papel del vino de esa zona en el mercado internacional, sus rutas y sus consumidores, y sus oscilaciones, así como el marco normativo en que se hacía (p. 87-118). El de Javier Maldonado Rosso tiene un carácter distinto, más centrado en el consumo, ya que desarrolla la cuestión del proteccionismo y de las innovaciones vitivinícolas que en el siglo XVIII se aplicaron en Sanlúcar de Barrameda, centradas en la selección de las variedades de la vid más productivas en función de la calidad y de la ampliación de mercados (p. 119-144).

La segunda parte del libro, muy amplia, tiene como tema general a los agentes y grupos que protagonizaron el comercio andaluz y el control de la Carrera de Indias, es decir, no son capítulos dedicados solo a los grupos mercantiles, sino que tiene un intenso componente político-administrativo, no en vano poder económico y poder político iban de la mano en los enormes intereses que movía Andalucía en su relación con el Atlántico. Empezando por este último aspecto, los capítulos de Francisco Andujar Castillo y de Francisco Gil Martínez tienen como nexo la venta de cargos y las prácticas venales –y de fraude- en torno a la Carrera. El primero toma como ejemplo el de los maestros de plata en el período de gobierno del conde-duque de Olivares, cuando las necesidades financieras justificaron la venta de casi todo, hasta el punto de venderse puestos clave para el control del principal mecanismo que tenía para fiscalizar los flujos de metales preciosos americanos (p. 243-264). Por su parte, Andújar Castillo se ocupa de un problema parecido, pero todavía más grave: la conexión entre los préstamos facilitados a la Corona en tiempos de Carlos II por parte de asentistas y financieros que aspiraban a ser generales y almirantes de la Carrera, lo que ponía esos cargos de tanta relevancia en manos de aquellos hombres inexpertos y sin méritos (p. 265-286).

En los artículos dedicados a la actividad mercantil propiamente dicha, dos tienen como referencia a personajes destacados del comercio sevillano, fórmula fundamental observar el componente personal -iniciativa, capacidad, opciones, obstáculos- de las clases mercantiles modernas: Béatrice Perez se centra en Francisco de Riberol, un genovés afincado en Sevilla a fines del siglo XV, que se hizo fuerte en el comercio con

las islas Canarias –ensayo del que se abrirá con Indias- en medio de serios problemas de pugna entre familias genovesas (p. 195-213), y Juan José Iglesias Rodríguez lo hace en Francisco Guerra de la Vega, comerciante y naviero, cántabro de origen, que progresó en el Cádiz de la segunda parte del XVIII comerciando con América y con Europa y amasando una importante fortuna cuya formación y destino dejó explicitados en un rico testamento notarial de 1793, lo que permite al autor situarlo en el contexto de la burguesía gaditana y tomarlo como referencia del comportamiento de esta (p. 355-388).

Otros dos emplean la fórmula de estudiar familias o linajes, igual de interesante que la anterior, que prima la observación por grupos de relación unidos por la sangre. El linaje sevillano de los Saavedra, en quienes radicaba el marquesado de Moscoso, se desarrolla en las páginas de Francisco Javier García Domínguez, analizando cómo el paso por los virreinos americanos sirvió para reverdecer los laureles de la casa (p. 335-354) y Alexander Sánchez Mora trata en su trabajo del clan de los Figueroa en la Guatemala del siglo XVIII, si bien en este caso se toma como base documental las relaciones de fiestas, a través de cuyos textos y paratextos se reconstruye la red de relaciones y los vínculos de fidelidad de esa familia (p. 389-405). Nada tiene de extraordinario que los flamencos merezcan tres capítulos. El de Germán Jiménez Montes sobre la presencia de mercaderes flamencos en Sevilla bajo el reinado de Felipe II y la fase inicial de la formación de la “nación” flamenca en la capital del comercio atlántico, sus contactos y estrategias antes de constituir su cofradía y su consulado (p. 215-242). Mercedes Gomero Rojas lleva su estudio en el siglo XVII, ocupándose del grupo flamenco en Sevilla y de sus relaciones con Europa y América a través de pleitos entre miembros de ese grupo que aportan una gran cantidad de datos sobre quién era quién en la nación flamenca en el comercio de productos textiles al que se dedicaban (p. 287-310). Y Manuel Bustos Rodríguez aborda el cambio político derivado de la Paz de Utrecht y sus implicaciones sobre las comunidades mercantiles flamencas asentadas en Cádiz, toda vez que el tratado no aseguraba la continuidad de los cónsules al haber pasado Flandes a manos del emperador austriaco (p. 311-334).

El título “escenarios conflictivos” abre la tercera parte del libro. Varios de los capítulos tienen una clara conexión con los de la anterior, aunque desde una perspectiva diferente. Así, los flamencos vuelven a estar presentes en el de René Vermier, pero su estudio se centra en dos familias, los Neve y los Coghén, y su presencia en los pleitos de

hidalguía desarrollados ante la Real Chancillería de Granada en los siglos XVII y XVIII, en búsqueda de una apariencia de legalidad a la supuesta condición noble que ambas alegaban, reinventando para ello su pasado (p. 481-502). Y las redes relacionadas con la corrupción y el fraude, que también las vimos antes, ocupan a Álvaro Javier Romero Rodríguez en su artículo sobre las Reales Fábricas de Tabacos de Sevilla, poniendo en relación ambas prácticas y las redes clientelares del entorno de esta institución a través de una correspondencia que le ha permitido revelar tramas de corrupción que afectaban incluso a la justicia (p. 503-522). Por su parte, Miguel Ángel Melón Jiménez estudia la circulación fraudulenta del dinero por los vericuetos del contrabando, al analizar las “redes soterradas” del sistema atlántico a través de los “asuntos monederos” de entre 1763 y 1778, que indican la conexión entre Andalucía, Extremadura y Portugal para acabar poniendo dinero en Europa, y la facilidad con la que la falsificación monetaria se desenvolvía ante la impotencia de las autoridades de Hacienda (p. 523-551).

Los otros trabajos de esta parte son muy diferentes entre sí, aunque la precariedad social sobrevenida o impuesta es el hilo que los vincula. Juan Ignacio Carmona aborda un tema clásico de la historia demográfica, la relación entre escasez alimentaria y contagios en un período –fines del siglo XV, primeras décadas del XVI- en el que fallan las fuentes cuantitativas y es preciso, como hace el autor, reunir indicios a través de documentación narrativa para datar y diagnosticar esas crisis (p. 409-434). María José de la Pascua ofrece el único capítulo en el que las mujeres son protagonistas plenas, aunque lo sean para desvelar su precaria situación cuando sus maridos estaban ausentes en Indias y ellas se veían en la tesitura de acudir a la justicia para resolver los problemas generados por la ausencia, lo que la autora hace contrastando la normativa con la cruda realidad que las fuentes manifiestan, pero también las estrategias que siguieron para intentar superarla (p. 435-457). Un sector social de triste condición, los esclavos, es el tema de Arturo Morgado García, quien estudia la esclavitud euro-atlántica en la Bahía de Cádiz desde fines del XV hasta fines del XVIII, no en vano allí seguía habiendo esclavos tan tarde, como el autor demuestra con fuentes parroquiales, mercantiles o prensa periódica (p. 459-480).

La parte final se dedica a “políticas, ideas, creencias y cultura”, un complejo entramado que se inicia con un estudio de José Manuel Díaz Blanco que se enmarca en

el actual interés por la gestión de la información, tomando como ejemplo el empleo que la burguesía de negocios vinculada a la Carrera de Indias hacía de los canales de información que le facilitaba el aparato institucional del Consulado, mediante el cual estaba al día de las novedades de la Corte y del ámbito internacional (p. 555-574). La inversión en la compra de cargos y oficios, tendencia clásica de los hombres de negocios en la Edad Moderna, se estudia para el caso de las ciudades del arco mercantil atlántico, en especial Cádiz y El Puerto de Santa María, por parte de Jesús Manuel González Beltrán, viendo cómo los comerciantes, asentistas, financieros, prestamistas y armadores de esas localidades se hicieron con puestos de interés (p. 575-594). José Antonio Ollero Pina toma como referencia una obra publicada en 1614, *Vestigatio Arcani sensus in Apocalypsi*, de Luis del Alcázar, para abordar el tema de la relación entre la teología y los metales preciosos que ese jesuita del colegio de San Hermenegildo de Sevilla estudió, centrándose en el estudio de las medidas y los pesos en el que se reveló como un hábil aritmético (p. 595-613). El ámbito clerical, pero de un modo bien diferente, es el tema de José Jaime García Bernal, ya que se ocupa de la orden de la Merced en el virreinato del Perú y las tareas reformadoras llevadas a cabo allí por fray Alonso de Monroy, como vicario general entre 1597 y 1600, un período en el que los conventos peruanos fueron saqueados por este personaje (pp. 615-642). El capítulo de Clara Bejarano Pellicer plantea como objetivos la observación, datación y explicación del proceso por el cual las Indias se fueron incorporando al repertorio iconográfico festivo en Andalucía para comprender cómo el hecho colonial americano afectó a la creación artística y comprobar que transferencias culturales hizo Andalucía: danzas, máscaras y monumentos efímeros centran este estudio (p. 765-790).

La diversidad de fuentes que se manejan en este libro se corresponde con la extraordinaria riqueza documental de los archivos andaluces, en especial su enorme cantera notarial, que todavía dará mucho más de sí. Esa diversidad es en parte responsable de las diferencias de enfoque que los autores despliegan, de modo que encontramos trabajos con un fuerte componente cuantitativo –las cifras son el soporte idóneo para fundamenta todo lo referente al comercio- y otros con una clara orientación narrativa y cualitativa –en especial los relacionados con las ideas y las prácticas culturales-, e incluso iconográfica. Las notas al pie corroboran, ya no solo la amplísima bibliografía que el ámbito andaluz ha generado desde hace años, sino sobre todo que la

producción de las universidades y centros de investigación andaluces se ha convertido en el pilar fundamental de la dimensión atlántica -superada ya la fase del hispanismo-. Este libro es una demostración de esto y sus editores han hecho una nueva aportación que lo corrobora.